

## *Prologando la ciudad*

El samario, caribeño, *Bon Vite*, risueño por excelencia, burlón, extrovertido, alegre, bailarín, cantor, actor innato, creativo... es también un personaje que se mofa de sí mismo. Todo lo que la poeta Véronique Benei observó con sus ojos atentos y logró atrapar en esta obra descriptiva de sus pobladores y lugares más sobresalientes de la ciudad, sin poder zafarse en ninguna de las páginas durante todo su recorrido, por nuestros mares: El Rodadero, Taganga, el Parque Tayrona, en tiempos de silencios donde el tercer ojo le mostró la grandeza, la magia, la exuberancia y la naturaleza de nuestra Sierra Nevada, Ciénaga Grande, la Quinta de San Pedro Alejandrino y observó con atención de buena creadora a manicuristas, vendedores de arepas, tintos, minutos, mientras vigilaba con sensibilidad artística la bahía, la marina, el puerto y oraba arrodillaba frente al altar mayor de la Catedral con fe de viajera, pidiendo a su Dios que le hiciera el milagro para que sus gobernantes sean por siempre los mejores en sabiduría, compasión humana, equidad, correcta comprensión con la bella y querida Santa Marta para que siga siendo el paraíso donde todos quieran llegar.

*María Teresa Escobar de Andreís*

## *Prefacio*

Véronique ama esta ciudad. Al compás de los días, de las semanas, de los años, se ha impregnado de ella, escucha sus ruidos, capta una palabra, aquí un grito, una canción, allí un llamado. Véronique es antropóloga y Santa Marta es su lugar de trabajo de “campo”. Desde hace años absorbe sus paisajes escudriñando sus rincones, mirando, escuchando a sus habitantes, comparte su cotidianidad y sus vicisitudes, ríe con ellos, canta y baila; y se conmueve.

En sus libros y artículos describe, informa, explica, interpreta, analiza... ¿Pero cómo restituir toda la trama sensorial y fenomenológica de la experiencia de un lugar y sus moradores en el lenguaje de un escrito científico? ¿Cómo evocar esas realidades cambiantes, impregnadas de tantos significados, de las que ha sido testigo la antropóloga? Porque debido a esa “inmersión en la cultura”, como dicen los científicos, Véronique lleva en ella, desde entonces, esta experiencia de Santa Marta, inefable en muchos aspectos que han nutrido su trabajo de investigadora y su transmisión.

Queda entonces esa carencia obsesiva de lo que es imposible compartir en un clásico tratado antropológico. Para colmarla, y a un mismo tiempo expresarla y darla a comprender, Véronique tuvo la idea de recurrir a la poesía. Una bella idea. En esta recopilación, transgresora de las costumbres de los científicos, Véronique Benei nos abre otra puerta de acceso al conocimiento de Santa Marta, de sus habitantes, de su historia y su cultura y de esta manera comparte la ciudad con todos nosotros, científicos y profanos.

Pues la lectura de esta obra, tan simple en palabras, pero tan colorida en imágenes y tan intensa en emociones, nos permite por fin imaginar, percibir, oír, sentir ese lugar, esas gentes que nos son ajenas. Extraños que se convierten en personas cercanas por el milagro de la lengua. La autora nos demuestra en efecto que la poesía puede ser un vector de conocimiento “entero” capaz de hacer perceptible lo universal más allá de lo particular, pues no convoca solamente la inteligencia. O más bien sí, justamente, la convoca, pero en todo el sentido del término, el de la inteligencia como comprensión gracias a la activación del conjunto de los sentidos.

Confío en que esta obra permitirá entender mejor los escritos científicos de Véronique Benei a aquellas y aquellos que los han leído, y que quienes no los han leído se sientan estimulados a descubrirlos.

*Sophie Caratini,*

*Antropóloga,*

*Directora emérita de investigaciones, Centro Nacional de Investigaciones Científicas en Francia (CNRS).*

## *Prólogo*

*Santa Marta Poética*. Es como un nombre de especie botánica o zoológica, un nombre cuya sonoridad resuena en las callejuelas de esta ciudad fundada en el siglo XVI por los conquistadores del Nuevo Mundo, un eco a Santa María del Darién que cayó en ruinas poco después de su nacimiento. *Santa Marta Poética*, especie rara, por lo demás. Ciudad muchas veces sitiada, arrasada, y siempre renacida de entre las cenizas. Fénix indomable por el tiempo o la violencia. *Santa Marta Poética*. Meditación poética a la que invita la experiencia de este rincón del Caribe colombiano. Meditación que aclara, hace oír, da a sentir ese realismo mágico propio de la “Costa”, aquella que pinta Gabriel García Márquez en cada una de sus novelas.

La idea de esta recopilación tuvo lugar casi a mis espaldas, al regreso de un sitio cargado de historia, la de la esclavitud. Hasta ese momento, mis proyectos de escritura habían sido puramente académicos y universitarios, es decir... “científicos”. Me había propuesto documentar la historia y la memoria de la esclavitud en un lugar que se esforzaba por negarla, mientras que todo llevaba a ella inexorablemente.

Posturas del cuerpo, usos lexicales y metáforas me fueron apareciendo como testimonios conmovedores de un dolor enterrado más de ciento cincuenta años después de su abolición en Colombia, remanencia omnipresente de un pasado que no quiere desaparecer. ¿Se necesitaba tal vez que este pasado fuera rememorado para borrarse; es decir, que fuera transformado en algo dicho de manera consciente, activa?

Para captar ese pasado en todos sus niveles, me había esforzado durante meses en localizar su legado sensorial, cultural, económico, político. Después había regresado a Europa, cargada con todas esas informaciones y con una cantidad de notas que me iba a tocar poner en orden. Pasaba el tiempo y trabajaba asiduamente sin percibir en el fondo de mí todas esas palabras que llevaba dentro. Palabras solitarias algunas veces, otras veces aglutinadas en paquetes que circulaban a la manera de una fuente subterránea en los meandros de mis vivencias, en búsqueda del camino que las llevaría a la superficie de mis pensamientos. Y de pronto, un día de junio del 2013, brotaron a la luz. Yo no las estaba buscando, ni siquiera sabía que estaban ahí.

Unos detrás de otros brotaron estos poemas, arrastrando con ellos fragmentos de materiales de investigaciones etnográficas acumuladas a lo largo de los años. Así las voces y el hablar que se pueden escuchar en muchas de estas poesías, resultan de palabras oídas, compartidas en aquella época desde los lugares más íntimos de las casas hasta los más públicos de las plazas, unas veces a lo largo

de las entrevistas, otras veces en los encuentros diarios por la calle. Todos juntos conforman una mirada panorámica sobre la historia, la cultura, las relaciones sociales, políticas y económicas tal como se dieron a ver, se representaron y se entendieron por parte de los habitantes y tal como las capté al compartir el vivir diario de ellas y ellos en la *polis* hasta el 2013-2014.

No se admite, en antropología clásica, que la descripción poética contribuya al ejercicio científico. Ahora bien, aquí se trata de “decir de otro modo lo político”. Es decir, se trata de restituir una parte de la gran complejidad de la vida en la *polis*, con su profusión de representaciones, imaginarios, prácticas y memorias, legados y experiencias, tanto como con sus aparentes paradojas en el vivir diario. Y para eso, ¿no será que ha llegado el tiempo de abolir las barreras, las fronteras arbitrarias entre “disciplinas”, “nichos” y “géneros”? ¿Entre todas esas categorías que, en definitiva, tienen por objeto común construir saberes sobre lo humano? ¿No será que ha llegado la hora ya de emplear todos los medios para dar cuenta del pasado tanto como del presente de un lugar, ya que ambos siguen informando su futuro en sus múltiples formas, sea la de su organización social, económica, política o cultural? Por ese medio, se da cuenta tanto de las vivencias de mujeres y hombres como del “compromiso cívico” del antropólogo, sin el cual su trabajo queda por lo menos incompleto, y en el peor de los casos, es insustancial.

Escribir en lenguaje poético permite transmitir y compartir lo que la prosa se esfuerza por describir; permite

ir más allá para evocar, sugerir, invocar, conjurar y abrir también el espacio de lo posible para reavivar, recordar, despertar, reanimar. La poesía no tiene palabra clave, no impone sus interpretaciones. Y cada lectora, cada lector, podrá imaginar, traducir, reconstruir la Santa Marta lejana o íntima, reservada o distante que ella o él escogerá.

Pueda esta selección contribuir a la comprensión de lo humano en este rincón tantas veces ignorado del Caribe latinoamericano.

## 1. *El mar*

El mar que se ve bailando allá lejos  
Que se contempla por la tarde  
Al atardecer  
Paseando a lo largo del camellón  
Ya no es lo que era.

El mar perdido más allá  
Contaminado de cerca  
Es de los *Negros* y *Cachacos*  
Solo ellos se bañan allí desde ahora.

Las damas de la *sociedad*  
De ayer u hoy, en él  
No se dignarían sumir

Ni los Indígenas  
De quienes es *mamá*  
A tocarla se atreven

Un vistazo o un sueño  
Una fiesta cada año  
Homenajes, sonidos y pagamentos.

El mar, ese horizonte  
Donde se reflejan los tiempos  
Tiempo corto, tiempo largo  
De las historias, de la Historia

Por el mar, antaño, los *conquistadores*  
Detrás de ellos, piratas, corsarios  
Proveyeron miseria y dolor  
Mercancías de ébano, trocadas por oro.

Por el mar, desde entonces, banano y carbón,  
Autos y pianos,  
Un puerto industrial  
Inmemorial *Bahía*

Hollín y alquitrán  
Ahuyentan a los peces  
Atormentan la arena  
Santa Marta, *la perla de América.*

## 2. *El tiempo*

“El tiempo es de Dios”, dice Oliva

*El tiempo es de Dios*

El tiempo le pertenece a Dios, dice Oliva,  
Sobre todo cuando me impaciento

El tiempo no se manda.

“Cada mil años reinaremos”, dice Leila

*Cada mil años reinaremos*

Nosotras, hijas e hijos de los incas, mayas y tayronas  
Cada mil años reinamos

El tiempo no se combate.

“El tiempo es de nosotros”, dice Judith

*El tiempo es de nosotros*

Pues el tiempo no dice nada  
Que el humano no diga ya

El tiempo no se cuenta.

El tiempo no dice nada más

Que el eco de su ritmo

“El Samario es lento”, dice también Leila

*El Samario es lento*

El tiempo no se mide.